

á su patria de algún grave peligro. Hombre, como los demás; héroe digno de la admiración de sus contemporáneos y de los pósteros.

*

En los tiempos modernos no han tenido nunca los enemigos de la Iglesia Católica un colaborador más eficaz que el actual Secretario de Estado en el Vaticano. Los jacobinos y los libre-pensadores pueden reposar con la confianza de que la soberbia satánica del cardenal Merry del Val se encargará de difundir las ideas que más pueden influir en descrédito del catolicismo intransigente.

*

Un mal entendido espíritu de libertad é independencia hace que gran número de personas, por temor de parecer serviles, censuren cuanto el poder ordena, aun cuando ello sea en bien de la comunidad, y, sin saberlo quizá, se hacen eco servil de los que apasionadamente atacan al que gobierna.

*

Si los que gobiernan pagaran menos elogios, tendrían menor número de censores. No hay mejor acicate para éstos, que los ditirambos de los escritores pagados.

*

Las feministas, al manifestarse en abierta contradicción con la general tendencia de la mujer, de ser distinta del hombre, de poseer sentimientos más dulces que los de él y de dominarlo invenciblemente con su hermosura y sus encantos, reniegan de su sexo, y confiesan, sin quererlo, que son degeneradas; y para clasificarlas de alguna manera, hay que crear un sexo neutro, excluido de la divina ley del amor. Se debe compadecerlas. Han dejado de amar ó de ser amadas por el hombre, y por despecho reniegan de su sexo que encuentran ya inútil.

*

Observadlo bien. Son precisamente los que no poseen idiomas extraños los que salpican su conversación con vocablos de ajenos idiomas, que han oído y que repiten por la tonta vanidad de que se les crea nutridos por esas lenguas.

*

El hombre que no se sienta capaz de soportar las exigencias del público y hasta sus impertinencias, que renuncie á ser dependiente en el comercio; que busque un amo único, determinado. Cuantos pagan tienen derecho á exigir el ser bien, pronta y atentamente servidos.

*

El instinto de conservación que caracteriza á todo ser viviente desde el hombre hasta el insecto, en la escala de la naturaleza, en las últimas capas sociales aparece atenuado por tal modo, que en los caminos y en las calles de la ciudad, vemos á los animales huir del peligro y evitarlo con mayor presteza que á los indios y á gran número de individuos de raza mezclada. Cada vez que lo hemos hecho notar, se nos ha contestado que esa indiferencia ó desdén ante un riesgo inminente, es el estoicismo de los que en su miseria ven la muerte como una liberación. No sería difícil el demostrar que no es del todo fundado el razonamiento. ¿Por qué los que así se abandonan al azar, acuden á cuantos conocen, en solicitud de una receta para curarse de la más ligera dolencia? Si la vida es una carga insoportable, ¿por qué,

sin acudir al suicidio, no dejan que una enfermedad desatendida los liberte?

*

En México y en todas las grandes ciudades, cuando muere un mendigo, la autoridad encargada de recoger el cadáver, encuentra no pocas veces sumas considerables que el mendigo ha ocultado y de las cuales nunca se sirvió para alimentarse ni para hacer partícipes á otros miserables de una parte, mínima aunque fuese, de aquel dinero. La mendicidad es un vicio como otro cualquiera, en muchos de los que la toman por oficio en vez de trabajar, y ese vicio toma creces cada día y se convierte en el ansia devoradora del codicioso que acaba por avaro. Si de ello se convencieran los que practican la caridad en las vías públicas, el número de los mendigos se reduciría considerablemente.

*

Se apega de tal modo el hombre á sus ideas, á sus gustos, á sus costumbres, á sus aficiones, que ninguno quiere convencerse de que otro pueda vivir y ser feliz procediendo de contraria manera. Inconcientemente se cree poseer

dor de la verdad y hasta ve con lástima al que piensa ú obra según su propio impulso y no le imita. Por eso á cada paso oímos la vulgarísima afirmación de: *Si yo fuera N. haría esto ó aquello*, cuando en realidad, si el uno sustituyera al otro, perdería su personalidad y haría precisamente lo que en el otro censuraba.

*

Una parte del clero mexicano, aunque condene las ideas modernas y funde en la conservación de lo tradicional su poder, está encaminándose, por no perderlo, á la evolución socialista. Halaga al obrero, pidiendo en nombre de Dios que se le aumenten los salarios, y funda escuelas en las que ya no es solamente la doctrina cristiana, sino la doctrina del siglo, la que disfrazadamente se enseña, porque de lo que trata es de poner á su servicio al proletario. Cuando éste se insurreccione, el clero volverá á los tiempos de Felipe II.

*

Sin dejar de reconocer los beneficios que se derivan de una educación, como la moderna, que abre nuevos horizontes á la mujer, es pre-

ciso confesar que hay más empeño en instruir la literaria y científicamente, que en prepararla para madre de familia. Llegarán algunas, ¿por qué no esperarlo? á sobresalir en las letras; pero será mayor el número de las que, por creerse superiores, desdeñarán las faenas domésticas y serán una carga y nada más, para el que á ellas se una.

*

Pasaron ya ó están en vía de desaparecer del todo, los tiempos en que una joven necesitaba ir acompañada de una dueña, para libertarse de las groseras impertinencias de los tenorios callejeros. Sin embargo, los padres de familia no deben todavía permitir que niñas adolescentes vayan á Colegios y regresen solas, porque los niños que hoy se estilan son más atrevidos que los tenorios de antaño.

*

Un viajero, observador inteligente y desapasionado, nos pedía la explicación de un hecho en que habíamos ya parado mientes. ¿Por qué, nos preguntaba, si no se nota en la juventud femenina degeneración; si es hermosa, bella, atractiva, casi siempre de maneras distingui-

das, y hasta agradable en su conversación, por qué la juventud masculina no posee los dones que debían caracterizarla? ¿Por qué aun en lo físico difiere tanto de la juventud destinada á compartir con ella los azares de la vida? ¿Por qué se hace indispensable conocer á determinados jóvenes instruidos, para esperar que la nueva generación sea capaz de dirigir los destinos de esta nación?

La juventud masculina, en sus dos terceras partes, contestamos con gran pena, se forma en las cantinas, en los prostíbulos y en los teatros en que priva la pornografía. De ahí su degeneración física, su bajo nivel moral, su ninguna aptitud para lo que sea noble, generoso y grande. A título de que son jóvenes, confunden la alegría con el desorden, y lo fían todo al porvenir que no han preparado. La juventud femenina está educada en el hogar, y lo que hay que reprocharle es principalmente su afán por ataviarse lujosamente, más allá de lo que permiten los recursos de los padres de familia. La juventud femenina actual es bella porque no vive en la crápula. Eso es todo. La que la suceda acaso será menos bella, por proceder de hombres degenerados.

*

La febril impaciencia con que las nuevas generaciones quieren reemplazar, aun antes de que por ley natural desaparezcan las que las precedieron, podría interpretarse como un signo de los arrestos que poseen y de la conciencia de su superioridad. Desgraciadamente, es nada más que el ansia de dilapidar las fortunas por otros amasadas, en unos casos; en otros, evitar que se les compare á los que tras largos estudios y después de rudas pruebas se abrieron paso como hombres de ciencia ó como directores de la cosa pública. Estorban los viejos á los jóvenes que algo esperan heredar y que no se prepararon como ellos á la lucha por la vida, y les estorban tanto, que parece que no existen ya ni los vínculos de la naturaleza. A su vez, si su vida disipada lo permite, esos impacientes se verán empujados con más furioso ahinco por los que se formaron en la misma escuela.

*

En los tiempos que corren, los padres de familia que no han sabido educar bien á sus hijos y que han acabado por creerlos incorregibles y una verdadera carga, han adoptado el sistema de conseguirles puestos públicos para que el erario los mantenga, con el pretexto de

que en su nueva posición se regenerarán. Si todos los que recurren á este arbitrio fueran complacidos merced á las recomendaciones que se proporcionan, las oficinas públicas se convertirían en casas de corrección.

*

¿Cómo esperar que las necesidades sociales puedan quedar satisfechas, cuando vemos que el horror al trabajo es tan grande como desenfrenado el anhelo de figurar al lado de los que poseen una fortuna cuantiosa?

Se pretende enfáticamente borrar las diferencias sociales porque son contrarias al dogma de la igualdad humana, y nadie quiere nivelarse por medio del trabajo á los que con él han conquistado innegable superioridad.

*

El antiguo sistema de dar aviso semanariamente á los padres de familia de la asistencia de sus hijos á su respectiva escuela, era un gran freno á la vagancia de gran número de menores de edad que tomaban por pretexto sus estudios para buscar distracciones. Más fácil es que los directores eviten con esos avisos

el mal, que el que cada padre haga espiar los pasos de sus hijos.

Observación de un rezagado de los antiguos tiempos! exclamarán los modernistas; pero quien quiera verificar lo justo de la observación, no necesita más sino fijarse en el número de niños vagos que encuentra en las calles.

*

No hay vida más azarosa que la del hombre cargado de deudas. En la calle, teme encontrar á alguno de sus acreedores; en la casa, á cada llamado piensa que es un cobrador el que le busca, y enseña á sus criados á mentir, y necesita para no quedar recluido mandar explorar antes. El que ame la libertad debe, para conservarla, comprar siempre al contado.

*

De nadie debe desconfiar más el marido, que de la mujer que se vanagloria de comprarlo todo á la mitad del precio que los demás pagan. Por regla general *otro* es el que paga la mitad que se dice ahorrada, cuando no el todo. Hay, sin embargo, algo más temible: la corre-

dora de alhajas; pues no rara vez es surcidora de voluntades.

*

Para gran número de las jóvenes empleadas en los comercios, éstos son legítimos *mostradores*. Y la exhibición no termina en ellos, sino que continúa en las avenidas. Si al menos pudiera sencillamente decirse que de la vista nace el amor. . . . Por desgracia nacen también otras cosas.

*

En los viejos tiempos se extremaba sin duda, el quietismo en las escuelas y, consiguientemente, se perjudicaba la salud de los niños, que por ley natural son inquietos. Hoy se extrema el movimiento á tal grado, que no puede comprenderse cómo en las contadas horas en que los profesores llenan sus deberes, puedan los niños adquirir ni las más ligeras nociones de las materias que cursan. No hay día en que no se vea en las calles de la ciudad grupos numerosos de alumnos, que van de paseo ó que concurren á alguna fiesta, con pretextos más ó menos plausibles; pero que en todo caso prueban que los colegios están vacíos, y que los padres de esos niños tienen que erogar gas-

tos considerables, porque es necesario que los niños se presenten á diario en traje de fiesta,

*

La esperanza fija en una herencia más ó menos próxima, es la primera y principal de las causas por las cuales la juventud de las clases llamadas superiores, no adquiere el hábito al trabajo, ni la dignidad del hombre que no se conforma con deberlo todo al esfuerzo de otro. Ni el estudio ni una ocupación honesta tiene para ella atractivos; le basta la seguridad de que á pesar de la ley sobre la libertad de testar, á ellos pasará la fortuna de sus padres, pues la debilidad maternal esos y mayores errores comete.

*

Tiene la mujer mexicana virtudes excelentes que nadie puede en justicia dejar de reconocer; pero tiene, en cambio, el más trascendental de los defectos: el de cegarse por amor á sus hijos y no ver que el consentimiento exagerado hace de ellos seres inútiles cuando necesitan tener la conciencia de la propia personalidad. Las deferencias maternas, la idolatría por el hijo, el disimulo y hasta la justi-

ficación de sus faltas en la época en que debía educársele convenientemente, lo reducen á la condición perpetua de menor de edad. El padre que intenta poner remedio al mal, es calificado de tirano por la madre del hijo, ante éste mismo.

*

De la propia manera que la base de la fortuna del hombre la constituye muchas veces la herencia que sus padres le legaron, fortuna que él puede acrecentar si reúne las condiciones necesarias, así la herencia que las nuevas generaciones recibieron, en las ciencias y en las letras, sirve de fundamento á la que á su vez legarán. ¿Por qué entonces la soberbia de los recién venidos pretende condenar al desprecio y al olvido á los que sobreviven á su época, personalmente ó en sus obras? Los que hoy brillan, tomaron la luz de la que marca la huella de los que los precedieron.

*

Imitador por excelencia nuestro pueblo, los que pretenden ilustrarle deberían proceder con la mayor discreción cuando se trata de divulgar las ideas que en países más adelanta-

dos están produciendo en la época actual resultados tan desastrosos. Referirle diariamente, darle como alimento las teorías de los agitadores europeos y los triunfos pasajeros que obtienen, á costa del bienestar y de la vida de los sectarios, es por extremo peligroso. No tiene nuestro pueblo ante sus ojos el cuadro de dolor y de miseria que del otro lado de los mares ofrecen las clases por cuya liberación dicen propugnar los enemigos de todo orden y de todo progreso real y positivo, y fascinado por las supuestas reivindicaciones, irá derechamente á imitar sin discernimiento.

*

Cuando veo y oigo á algunas jovencuelas que salen de los colegios para reunirse en la calle con imberbes galanes no nada inocentes, me pregunto: ¿qué tesoros podrán llevar al hogar, si mañana encuentran quien con ellas quiera formarlas?

*

Si la envidia no cegara, el envidioso comprendería que no solamente contribuye á aumentar el mérito del envidiado, sino que confiesa, sin quererlo, su propia pequeñez, pues

nadie que tenga conciencia de valer algo se ocupa en rebajar al que vale menos que él.

*

En íntimas confidencias, la rica Señora X y una amiga suya, ésta le hace observar á aquélla, que su infidelidad hacia el marido al ser conocida por él, causaría una ruptura.

—No lo temas, dice la Señora X. Si es cierto que no puede vanagloriarse de mi fidelidad, en cambio puede gloriarse de que no le escatimo recursos pecuniarios, merced á los cuales puede vivir tranquila y holgadamente. Esta es la ley de las compensaciones, de la que muchos quisieran beneficiarse.

—Bien; pero ante la sociedad ¿debe esperar estimación?

—La sociedad no estima pero sí respeta y aun halaga á cualquiera que brilla. También aquí se cumple la ley de las compensaciones.

—Será, mas no comprendo que tú estimes á tu marido y

—Si le estimara, ¿le sería yo infiel?

*

Pasarán muchos años para que el femenis-

mo, si es que ha de imponerse, consiga lo que en nuestra época pretende. El ridículo está llamado á desvanecer esos sueños de igualdad á que se oponen no rancias preocupaciones ni egoísmos insostenibles, sino las inmutables leyes de la naturaleza. Mientras mayores sean los esfuerzos que las feministas hagan por demostrar que no necesitan del apoyo del hombre, mientras más grande sea la osadía que empleen por sustituirle, más patente se hará la ineluctable diferenciación de los atributos de los sexos. Para el hombre será la mujer que desea suplantarle, lo que es para la mujer el hombre afeminado.

*

Arraigada como se encuentra, por desgracia, la costumbre de los gobiernos, de contribuir con esplendidez al sostenimiento de ciertas publicaciones periódicas, que no podrían subsistir de otra manera, semejantes subsidios no debían concederse con la condición única de elogiar todos los actos de la administración ó defender á ésta de los ataques de sus enemigos. Desempeñan, es cierto, con menor ó mayor discreción esa tarea; pero se creen con derecho á propagar doctrinas y á divulgar sucesos que

convendría callar en bien de la sociedad. Y así como el accionista de una empresa vigila por sí mismo ó por medio de inspectores el manejo de los caudales, así los gobiernos podrían y deberían ejercer estricta vigilancia en los periódicos subvenidos, á fin de que el tesoro público no contribuyera al sostenimiento sino de aquellas publicaciones dignas de apoyo, y no lo son en verdad las que no ven por la sociedad y por la patria sino por sus favorecedores personales.

*

La más absurda, la más irracional de las doctrinas socialistas es la de la igualdad humana. Para convencerse de ello no se necesita sino estudiar las leyes eternas, inmutables, de la naturaleza, en la cual por modo alguno se encuentra esa igualdad ni en el animal, ni en la planta, ni en el insecto, ni en el suelo, y por último, ni en el hombre. Pretender que éste sea la única excepción, no es un sueño ni una utopía, es simplemente conducirlo á su ruina y á la negación de cuanto existe en su provecho, para beneficiar en determinado momento á los que, precisamente porque se creen superiores á los demás, los convierten en instrumento pa-

ra el logro de sus ambiciones. ¿Cómo pueden ser iguales el hombre inteligente y el imbécil, el perezoso y el trabajador; el que anhela glorias, triunfos, honores y el que se conforma con una existencia vegetativa? ¿Por qué la fortuna hecha con el trabajo y la inteligencia ha de pertenecer igualmente al ocioso, al disipador? Las cualidades buenas ó malas son las que marcan la inevitable diferencia que existe y existirá entre los hombres. La ilustración mayor constituye una superioridad, como la virtud la tiene sobre el vicio y el crimen. Buscar el nivel por medio del trabajo y del saber, nada más noble y digno; pero buscarlo en empuñecer al grande igualándole al que ocupa el último peldaño de la escala social, es el más brutal de los intentos.

*

La observación atenta de los fenómenos físicos es la que ha llevado á la ciencia á culminar y á ser sobre todo útil y práctica. De la propia manera la asidua observación de los fenómenos sociales conduce mejor que ilusorias y deslumbrantes teorías, á la conquista del bienestar de los pueblos. ¡Ay de éstos si se dejan arrastrar de los soñadores y de los que de-

claman! ¡Ay de los pueblos que por espíritu de imitación pugnan por implantar procedimientos que no responden ni á su cultura intelectual, ni á su raza, ni mucho menos á necesidades imperiosas y apremiantes! Lo que para unos es un bien, para otros puede ser causa de males sin cuento.

*

Negar que en nuestros días emplea el gobierno gruesas sumas en los planteles de instrucción femenina, sería injustificable; pero por grande y merecida que sea la aprobación á que se hace acreedor por tal proceder, preciso es declarar que no se nota el mismo empeño en formar madres de familia, que es lo que más se necesita. Podrán llegar á ser más ó menos instruidas en materias científicas y literarias las mujeres de las nuevas generaciones, más su educación será deficiente respecto á los obligaciones que tienen que llenar una vez que sean llamadas á constituir un hogar. Las artes decorativas son secundarias. Menos barnices brillantes, menos colores llamativos, menos palabrería; en una palabra, más fondo que forma, es lo que hace de la mujer la soñada

compañera del hombre, la madre de sus hijos, abnegada, armada para la lucha de la vida.

*

No de hoy, desde hace muchos años, se viene cometiendo en México un error que produce funestas consecuencias, y es el de favorecer más allá de lo debido á la industria papelera nacional fijando al efecto derechos tan elevados que significan prohibición al papel extranjero. La industria nacional, á pesar de tan desmedida protección, no ha progresado lo bastante para llenar todas las necesidades, y el libro resulta excesivamente caro y pocas veces, por su apariencia, justifica el precio que forzosamente hay que asignarle. La instrucción pública se resiente de este mal, y los autores nacionales no pueden contrarrestarlo. El que compra libros y revistas extranjeras, en ediciones verdaderamente bellas y á moderado precio, no acepta las modestas ediciones mexicanas, porque cree que se trata de una especulación y no de una necesidad.

*

A nuestro parecer una de las atribuciones principales de los directores de establecimien-

tos de instrucción, debería ser la de hacer con esmero, rectitud y escrupulosidad la selección de los alumnos. Si las aptitudes son tan diversas ¿por qué empeñarse en que todos adquirieran los mismos conocimientos y terminen por igual los cursos del programa de una escuela? Una vez salido de ella, cada alumno por propia vocación se dedicará á lo que más se conforme con sus facultades, y resultará entonces que muchos que pudieron sobresalir en artes manuales, por ejemplo, perdieron algunos años, adquiriendo nociones inadecuadas, de que no volverán á acordarse. Honradamente debe decirse á un padre de familia: tu hijo es apto para esto ó aquello, no te empeñes en dedicarlo á la ciencia ó á las letras, dale un oficio, y harás de él un hombre útil para la sociedad y para sí mismo.

*

El placer de los viajes no estriba únicamente en ver lo que antes nos era desconocido, sino en la noble aspiración de admirar y estudiar lo que el arte y la ciencia ha reunido en pueblos más adelantados que aquel de que partimos. Los refinamientos de Europa son sobradamente conocidos merced á los libros, á los periódicos y á las artes de la pintura y del

grabado; la mujer en donde quiera es la misma. Hay, pues, que elevarse á superiores esferas para no malgastar el tiempo y el dinero en transportarse de una nación á otra. Viajar por envanecerse de haber logrado ir á donde no todos han ido, es la más tonta de las vanidades. Bien lo comprueba el hecho de que por cada millar de viajeros, no hay una decena que pueda darse cuenta exacta de lo que vió, ni mucho menos comunicar á otros sus impresiones, ni el fruto obtenido, y si fueran sinceros, confesarían que las molestias soportadas superaron á los placeres obtenidos.

*

El temor de que se les tilde de no ser hijos de su época y de desconocer en absoluto las modernas teorías sobre educación, hace que muchos se resignen á aceptar como buenas cuantas innovaciones introducen, se por más que en la práctica no produzcan todos los resultados que sus autores preconizan. No es discreto, ciertamente, oponerse á la corriente de las nuevas ideas, ni tener por bueno únicamente lo que nuestros antepasados tuvieron por tal, pues las leyes del progreso y de la evolución no son facticias; pero tampoco es discreto acep-

tar cuanto parece novísimo y contrario á lo que la experiencia de los siglos han acumulado.

*

No hay vocablo entre los que hoy son traídos y llevados hasta el cansancio, que baste por sí solo á explicar lo que es una figura retórica, como el vocablo *feminismo*. Si alguno os pregunta qué es antifrasis, decidle, para que tenga una idea exacta de esa figura, que no necesita saber sino que las mujeres que anhelan usurpar las facultades del hombre, se llaman feministas, cuando precisamente lo que pretenden es masculinarse, es decir, renegar de su sexo.

*

Ninguna, entre las incontables fiestas y ceremonias con que se ha celebrado en centenario de la proclamación de la Independencia nacional, ha revestido mayor significación y al propio tiempo mayor encanto que la *jura de la bandera*. Enseñar á amar, á glorificar el símbolo santo de la patria, á la niñez, es eminentemente educador y si ese acto, como es de esperarse, se repite anualmente, con solemnidad pero sin fausto, será sin duda alguna fe-

cundo en bienes. La patria antes que todo y sobre todo!

*

El bello ideal de considerable número de mexicanos ha sido desde hace mucho tiempo, y lo es todavía, el hacer un viaje á Europa; viaje que, cuando se realiza, redúcese á una residencia más ó menos larga en París, pues el resto del mundo no existe para ellos. Una vez terminada la excursión, porque los recursos se les agotan en breve, tornan á la patria displicentes, y encuentran que México es inhabitable porque en México se sabe en qué día de la semana se está, mientras que los días todos son en París de fiesta ininterrumpida. No les pregunteis qué fué lo que aprendieron ni qué lo que aprovecharon. Os referirán aventuras vulgares y os aturdirán con exclamaciones, después. . . nada.

Y pensar que los miles de francos dilapidados tan neciamente pudieron ser empleados aquí de una manera digna y honrada. . .

*

Sin coartar por manera alguna la libre emisión del pensamiento, se debería poner térmi-

no á los desmanes de la prensa que vive del escándalo, por medio de una ley que hiciera obligatoria la publicación de la rectificación ó la defensa que el difamado enviara para dejar su nombre á salvo de injustas apreciaciones. ¿Por qué consentir que se esgrima el arma de la calumnia á los que no respetan la honra ni la vida privada, escudados con el nombre de periodistas? ¿Por qué el difamado ha de pagar para que se publiquen las líneas en que se vindica ante la sociedad porque desea ser respetado por ella? Acudir á los tribunales, demanda tiempo y gastos, y la sentencia no es publicada sino cuando el perjuicio está causado; mientras que nada sería tan expeditivo como el imponer al periódico la obligación de dar á conocer el pro y el contra del punto discutible.





